Siglo diecinueve, 2021, vol. 27

págs. 193-222, ISSN: 1136-2308

PRENSA Y COLONIALISMO: PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN EN MARRUECOS

PRESS AND COLONIALISM: PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN IN MOROCCO

Jorge Canals Piñas
Università degli Studi di Trento
Orcid ID: 0000-0002-9171-5620

Resumen: El *Diario de un testigo de la guerra de África* (1860), de Pedro Antonio de Alarcón, constituye un ejemplo paradigmático de escritura doblegada al poder. Y, más concretamente, de relato periodístico mediante el cual su autor logró imponer a la opinión pública española la imagen idealizada del Gen. Leopoldo O'Donnell. El cual, en el transcurso de la campaña militar contra las cabilas bereberes de la comarca montañosa del Rif (1859-1860), revestía tres funciones: la de fundador y líder indiscutido del partido de la *Unión Liberal*; la de ocupar la jefatura del gobierno y detentar, por tanto, el control del Parlamento; así como la de haber asumido la comandancia de las fuerzas militares españolas destacadas en Marruecos y tener la responsabilidad final de las operaciones bélicas en curso. Frente a la libertad creativa a la que habían apelado reiteradamente los autores del período romántico, Alarcón encarnó al hábil profesional de la comunicación que iba en busca de prestigio social, beneficio económico y rédito político. Objetivos todos ellos que el escritor de Guadix logró con creces en años sucesivos a la publicación de sus correspondencias bélicas que una acogida tan unánime le dispensaron los lectores peninsulares de la época.

Palabras clave: periodismo bélico, propaganda, colonialismo, orientalismo, Magreb, Tetuán.

Abstract: Pedro Antonio de Alarcón's *Diary of a Witness to the War in Africa* (1860) is a prime case of media writing subjected to authority. More specifically, the journalistic account is a means through which its author managed to influence Spanish public opinion by portraying an idealized image of Gen. Leopoldo O'Donnell at the

height of his success. At the time of the military campaign conducted against Berber tribes of the Rif mountainous region of Morocco (1859-1860), O'Donnell played a key role in Spain occupying three positions: he was the founder and undisputed leader of the *Unión Liberal* party; as Prime Minister of the Spanish Government he therefore held control of Parliament and, as Commander-in-Chief of the Spanish Army stationed in North Africa, he was responsible for the prosecution of war and military operations. The polar opposite of those romantic writers who repeatedly advocated for creative freedom, in fact, Alarcón embodies the skilled mass communication professional seeking social status, economic benefit, and political credit. All these objectives were fully achieved by the writer from Guadix in the years following the publication of his war chronicles, which were widely appreciated by contemporary Spanish readers.

Keywords: war journalism, propaganda, colonialism, orientalism, Maghreb, Tétouan.

La información, y ligada a ella la influencia mediática que permite formar y moldear la opinión pública, ha constituido una valiosa mercancía de consumo para la sociedad contemporánea. Ya a lo largo del siglo XIX, su control se convirtió en uno de los objetivos más codiciados por parte de quienes detentaban el poder de las sociedades industrializadas que se asomaron al vértigo de la globalización; entendiendo por tal el vínculo que liga a los Estados a una recíproca interdependencia económica. Las guerras napoleónicas y de Crimea, el estallido del conflicto civil en Estados Unidos, la guerra franco-prusiana o los movimientos en favor de la descolonización que abanderaron los líderes emergentes en América Latina son conflictos que tuvieron en la libre expansión comercial una de las claves determinantes de la acción política y ofensiva.

Tal vez las últimas guerras románticas, desligadas de todo interés de naturaleza económica o de la necesidad de asegurarse el abastecimiento ininterrumpido de las materias primas con las que alimentar la industria naciente, fueron aquellas que tuvieron por trasfondo una Península Ibérica enzarzada en disputas de mera naturaleza dinástica y que los aspirantes carlistas consiguieron mantener con focos activos, aunque de modo intermitente, a lo largo del siglo. En estos conflictos civiles que el carlismo avivó se hace difícil identificar motivos desencadenantes de cri-

sis que obedecieran a la lógica materialista del siglo industrial, de ahí que no sorprenda la escasa producción periodística originada en las vicisitudes bélicas impulsadas por parte de quienes se oponían a la legitimidad de la sucesión de Isabel II. Circunstancias que se nos antojan vinculadas entre sí por una relación de causa y efecto que empareja a la prensa de actualidad con el interés económico.

La penuria de crónicas periodísticas testimoniales sobre las luchas civiles peninsulares tal vez sea indicio de que la correspondencia bélica no se había afianzado aún como objeto codiciado de consumo por parte de la creciente masa de lectores españoles. Al respecto, no deja de ser llamativo que se deba al británico Frederick Hardman (el mismo reportero que, años más tarde, seguirá para *The Times* el conflicto hispano-marroquí en primera persona)[1] la crónica de las vicisitudes cotidianas en el transcurso de la primera guerra carlista. Dichos acontecimientos bélicos constituyeron para Hardman savia indispensable para sus *Peninsular Scenes and Sketches* (1846), excepcional texto informativo en el que se documenta un momento histórico que poco iba a interferir en el devenir del ciclo económico de los países europeos que lideraban entonces la industrialización del continente. Aunque el carlismo no originó un filón periodístico de envergadura, es un motivo que en la tradición popular (y algo menos quizás en la culta y de transmisión escrita decimonónica) contribuyó poderosamente a la construcción de un espacio narrativo. El cual, como se verá acto seguido, se halla asimismo presente en una muy pequeña parte de la producción juvenil de Pedro Antonio de Alarcón (1833-1891).

GUERRAS DE UN PASADO PRÓXIMO

Hasta el invierno de 1859 fue el conflicto bélico un motivo narrativo de contornos muy indefinidos para Alarcón. Una circunstancia que no interfirió en su vida personal y a cuyas consecuencias sociales o económicas sólo había podido asomarse a través de la memoria colectiva. "Nuestros padres —admite Alarcón en *El carbonero alcalde* al rememorar la gesta heroica

1 Sus crónicas se recogerían, años más tarde, en el volumen titulado *History of the Spanish Campaign in Morocco* (1860).

de los habitantes de Lapeza contra el invasor francés— nos han referido muchas veces los pormenores de aquella ejecución" (Alarcón, 1943a: 11). Y en *Historia de mis libros* insiste en la vigencia de la transmisión oral (que no excluye la archivística) al rememorar la génesis de los relatos breves de trasfondo histórico que escribió en sus primeros años de escritor y que, a menudo, tienen un pretextuoso[2] desencadenante bélico: "los he oído contar a fidedignos testigos presenciales, o los he extractado de documentos incontrovertibles" (Alarcón, 1943a: 10). La implicación personal directa en el estallido de conflictos sociales o de sublevaciones armadas se limita, en cambio, a su participación en la episódica Vicalvarada[3] (1854), cuando hallándose en Granada llegó a liderar la revuelta popular. Una participación activa que pone al descubierto rasgos de carácter que le llevaban ya, cuando apenas contaba 21 años, a perseguir el ideal del hombre de acción que le veremos encarnar en la guerra de África (1859-1860).

El estallido de la campaña militar en Marruecos brindó a Alarcón la ocasión de poder experimentar, por fin, la emoción bélica, tal como escribe en las páginas del *Diario de un testigo de la guerra de África* (*DGA* en lo sucesivo): "podía presenciar una de las epopeyas de que está llena nuestra historia y que más de una vez me habían hecho suspirar por haber nacido demasiado tarde" (2005: 7). Una ocasión que no estaba dispuesto a desaprovechar. Máxime teniendo en cuenta que en aquella dúplice implicación (como periodista y también como combatiente), contando además con la probable popularidad que las crónicas periodísticas le iban a procurar, cifraba sus esperanzas para poder reconquistar espacio en la sociedad madrileña tras los errores en que incurrió a raíz de su paso fugaz por la redacción de *El Látigo*, el libelo radical y antimonárquico a cuyo frente figuró como director a partir de enero de 1855. En este puesto se

---

2 Pretextuoso pues, de acuerdo con la valoración que Liberatori hace de este reducido núcleo de narraciones, la guerra no es más que el condimento necesario para que se activen las virtudes del individuo y queden así marcadas sus pasiones más viles: "Piú che di grandi avvenimenti storici [...] si tratta di episodi anonimi i cui attori, anonimi anch'essi, operano nel rispetto di sentimenti primitivi, l'odio, l'ira, l'amore, l'altruismo, ignorando spesso il concetto di patria" (1981: 43).

3 El prolegómeno revolucionario del efímero bienio liberal tuvo lugar en el transcurso de los meses de junio y julio de 1854. La revolución pilló a Alarcón en Granada, "a cuya cabeza se puso el poeta de veintiún años siendo durante tres días el jefe de las turbas desenfrenadas" (Martínez Kleiser, 1943: IX). V.q. DeCoster (1984: 5).

mantuvo tan sólo por unas pocas semanas: el 15 de febrero del mismo año, tras sobrevivir a un duelo que tuvo consecuencias humillantes para el escritor, abandonó la capital y se recluyó en Segovia con el propósito de hacer enmienda de sus errores y confiando en recuperar el crédito social (DeCoster, 1984: 5-10).[4]

Antes de la campaña de Marruecos, Alarcón se había aproximado a la guerra de ocupación francesa de la Península Ibérica en varios de sus relatos: *El extranjero* (1854),[5] *El afrancesado* (1856), *El carbonero alcalde* (1859) y *El ángel de la guarda* (1859). A dicho núcleo temático cabría agregar, asimismo, *¡Viva el Papa!* (1857) pues, aunque ambientada en la ciudad francesa de Montelimart y no en España, se liga asimismo a la materia napoleónica. Todos los relatos mencionados derivan de un mismo filón temático, por más que la acción bélica queda relegada a un segundo plano y se convierte en mero trasfondo sobre el que se proyecta la resistencia de la población civil frente al invasor.

Por lo que se refiere, en cambio, a las dos primeras guerras carlistas (1833-1839 y 1846-1849), a Alarcón más próximas en el tiempo que no el distante período de las luchas contra las tropas napoleónicas de ocupación, registramos dos narraciones breves que las adoptan por marco narrativo: *La corneta de llaves* (1854) y *El asistente* (1854). A las que, a lo sumo, podríamos agregar muy esporádicos recuerdos y alusiones en el resto de las obras del autor de Guadix.[6] Así, en la introducción a *DGA* —que cumple a su vez con la función de servir como dedicatoria al

4 En su decisión de alistarse en la armada española se afirma el propósito de contrarrestar su vergonzoso pasado y el deseo de presentarse como individuo del todo redimido (López, 2008: 107, 121-122 y 149). Su carta del 20 de febrero de 1860 dirigida a Antonio Rafael de Domínguez y Valdecañas, obispo de Guadix y Baza, concluye con las siguientes palabras: "mis padecimientos en África han acelerado, como yo me proponía, el olvido de mis culpas" (Yeves Andrés, 2013: 447).

5 Para este, así como para el resto de relatos que mencionamos, se da entre paréntesis la fecha que proporcionó Alarcón al publicarlos en el tardío volumen recopilatorio de *Historietas nacionales* (1881). Para datos adicionales sobre las respectivas circunstancias de primera edición, remitimos a *Gices XIX* [gicesxix.uab.es], que es herramienta informática que permite rastrear la presencia del género cuentístico en la prensa periódica española del siglo XIX.

6 Incluidas las más tardías. Se recordará, al respecto, que doña Teresa, la madre de Angustias y uno de los personajes centrales de *El capitán Veneno* (1881), es viuda de general carlista y ha interpuesto demanda judicial para que se le reconozcan sus derechos. Por lo demás, esta obra tiene como marco narrativo la Madrid de 1848, sumida en las revueltas populares.

Teniente General (e íntimo amigo) Antonio Ros de Olano[7]— afirma que "las fuerzas de la nación se quebrantaban hace pocos años en funestas luchas interiores, y toda nuestra actividad se empleaba contra nosotros mismos" (2005: 5); lo que pone al descubierto una estrategia redaccional que es, a un tiempo, alusiva y elusiva. Por lo demás, y pese a la proximidad temporal de Alarcón al conflicto carlista, el escenario bélico tuvo lugar en puntos geográficos muy distantes de Guadix. Aunque como el mismo Alarcón recordará un tiempo más tarde, en un pasaje en el que evocará el pasado glorioso de su ciudad natal y que incorporará a *De Madrid a Nápoles*: "el ilustre batallón provincial [de Guadix], se hallaba en Navarra o Cataluña peleando contra el Pretendiente" (1861: 565).

En los relatos de trasfondo bélico de Alarcón adquiere bulto y relieve la gente humilde que, al hallarse en un crítico punto existencial, sólo entonces exterioriza y deja que se manifiesten sus mayores virtudes de raza (Rubio Cremades, 2019: 178). El valor y el coraje se funden entonces con la modestia y generosidad de esos hombres y mujeres a los que no les importa poner en riesgo su vida si con su acto heroico logran redimir a la colectividad de la que ellos y ellas forman parte. Y es esta misma la actitud que asomará en *DGA*, donde a menudo la estampa del conflicto funciona a la manera de tramoya escenográfica ante la que se logra representar el esfuerzo de unos personajes a los que la urgente necesidad de afrontar un crítico momento existencial hace que aflore a la superficie de la historia lo mejor de sí mismos.

PERIODISMO Y PROPAGANDA

Por lo que atañe al período antecedente a la pre-industrialización, a Napoleón Bonaparte —ya embarcado en sus campañas militares europeas (1803-1815)— cabe reconocerle el mérito de que mostrara muy buen olfato para intuir las vías por las que la prensa podía llegar a constituir un eficaz instrumento de propaganda (Licata, 1972: 15; Conboy, 2004: 90). Para ello tejió, por

7 Justamente recuerda Palomo en nota a su edición de *DGA* (Alarcón, 2005: 3, n. 1) que su participación en la primera guerra carlista supuso el arranque de la fulgurante carrera militar del protector de Alarcón.

lo demás, toda una red de corresponsales y enviados con los que estaba determinado a construir su imagen de estadista iluminado. Algo a lo que no renunció, ni siquiera, en el curso de la campaña de Egipto, cuando se llegaron a fundar en El Cairo dos periódicos (*Le Courier d'Egypte* y *La Décade Égyptienne*) que no tenían otra finalidad aparente que la de ser órganos voceros de la campaña mediooriental (Licata, 1972: 16). Un episodio de alcance mediático que, germinando en el recuerdo de Alarcón —que siempre alardeó de ser un buen conocedor de la astucia militar y civil del general Bonaparte—, quién sabe si pudo haberle inducido a fundar, en la Tetuán recién conquistada por los militares españoles, el primer periódico jamás impreso en tierras marroquíes.[8] Lo que a su vez constituye un ulterior ejemplo de la instrumentalización de la prensa como valor añadido de la expansión 'civilizadora' de los europeos por Oriente.

La introducción de una red eficaz de enviados que con sus escritos dieran testimonio periódico de los avances militares, logró aquilatar un formato textual que la potencia británica al poco tiempo hizo suyo. *The Times* estaba destinado a convertirse en la cabecera que mayor dispendio informativo y mayor despliegue de medios aplicaría a la labor periodística tan pronto estallaran las guerras napoleónicas (1803-1815), convirtiéndose a partir de entonces en el órgano por excelencia de la coalición antibonapartista, capaz de neutralizar la eficacia de la prensa aliada al bando adversario.

Los tiempos de la expansión napoleónica y los de las sucesivas guerras europeas fueron, en definitiva, los catalizadores de una información bélica de parte. Mientras que para la alianza explosiva entre artículo combativo y fotoperiodismo hubo que esperar al estallido de la tan mediática guerra en la península de Crimea (1853-1856). Fue este un conflicto que desencadenó la actividad frenética de la prensa europea (Reed, 2009: 138). Algo que a Alarcón no pudo pasarle desapercibido, teniendo en cuenta sobre todo el hecho de que ya a partir de 1853, cuando figura entre los fundadores de *El Eco de Occidente* (Nieto Nuño, 1993) y, sobre todo, a raíz de su traslado a Madrid al año siguiente, el

8 Le puso por título *El Eco de Tetuán* y de él se publicó tan sólo el primer número, que lleva la fecha del 1 de marzo de 1860. Dicho periódico mural se reproduce en Carbonell et al. (2013: 96) y de él dio Yriarte una traducción al francés (1863: 230-232). Siendo tan buen publicista de sí mismo, dejó Alarcón constancia de la génesis y desarrollo de este proyecto en *Diario* (*DGA*: 548-550).

guadijeño parece haberse decantado de manera neta por el mundo editorial de la prensa periódica. De hecho, tampoco nos parece casual la circunstancia de que el 11 de diciembre de 1859, antes de embarcar en Málaga en el vapor que lo trasladará al enclave de Ceuta, se preocupe por reclutar en el puerto andaluz a un fotógrafo con el que poder documentar, también gráficamente, la campaña marroquí. Como si aspirara a reproducir en el transcurso de este avance militar el impacto mediático de los reporteros británicos que habían operado en Crimea. Fue el suyo, con todo, un experimento fallido al no lograrse imágenes,[9] por lo que Alarcón tuvo finalmente que satisfacer su ambición gráfica con las ilustraciones de los dibujantes que aún tanto peso revestían en la prensa y actividad editorial de mediados de siglo. Para que sirvieran de exégesis visual de sus crónicas escritas en primera línea de frente, Alarcón se valió, entre otros autores gráficos, del talento de Charles Yriarte (1832-1898), con quien compartió la vida militar y con quien, tras haber afianzado una sólida amistad, a partir del 14 de octubre de 1860 iba a emprender viaje a Ginebra, al valle de Chamonix, al cantón de Valais, a las comarcas redentas del Reino de Italia así como a las que aún padecían la dominación de Austria. Siguiendo ambos, una vez más, el reclamo de los campos de batalla.

Al igual que el ya mencionado Frederick Hardman —que llegó a alcanzar el grado de teniente en el segundo regimiento de lanceros britanicos que combatió, en España, contra los rebeldes carlistas (Hayes, 2017: 107-108)—, también Alarcón encarna al periodista comprometido a fondo con la campaña promovida por los estrategas de la cúpula política y militar de la monarquía isabelina. Comprometido tan a fondo en el cumplimiento del servicio que no dudó en alistarse en las filas del tercer cuerpo del Ejército de África, que se hallaba al mando del Teniente General Ros de Olano (López, 2008: 118). Encarna, pues, Alarcón al que los modernos teóricos del periodismo no dudarían en calificar como *embedded journalist*: el reportero que se funde con uno de los bandos en el conflicto bélico, que deja a un lado su rol de observador imparcial y se vuelca, en cambio, en la construcción de la imagen heroica e idealizada de los jefes militares a los que

9 Contamos, en cambio, con la obra de Enrique Facio (1833-1897), el cual "realizó un extenso relato fotográfico de la campaña que ha permanecido como el testimonio visual más importante del conflicto" (Carbonell, 2013: 38).

debe obediencia (McLoughlin, 2009: 50-51). Se convierte así en un profesional de la comunicación que no duda en abrazar de modo entusiasta la campaña bélica promovida por el Estado (algo que hubiera sido impensable en el caso de Mariano José de Larra, por poner un ejemplo entre los muchos posibles); pero de cuya estrategia podrá disentir, en manera polémica y hasta licenciándose de las filas del ejército —como será el caso— cuando esa actitud airada paradójicamente convenga a sus directos mandos militares, para que de ese modo pueda ejercitarse la debida presión sobre los representantes políticos de la Corte isabelina (López, 2008: 119).[10] Alarcón escribe y actúa, de hecho, con la conciencia plena de que con sus crónicas enviadas desde la primera línea de frente está en condiciones de influir sobre la masa de lectores que se ha ganado a pulso[11] y que le sigue de manera incondicional. A su vez, tal ingente número de lectores constituye un argumento poderosísimo para influir en las decisiones de los gabinetes políticos desde los que la guerra se contempla a distancia y en actitud inerme. En definitiva, el periodista guadijeño se convierte en la caja de resonancia de la que necesitaba la astucia de Leopoldo O'Donnell, general en jefe de la campaña de África[12] y fundador, apenas cinco años atrás, de la *Unión Liberal*, partido a cuyo frente aspira a recuperar espacio decisional en el convulso tablero político. De hecho el general "deberá a la fama y popularidad alcanzada por el *Diario* el que la reina Isabel II, que se había propuesto acabar con el gobierno *unionista* aprovechando que O'Donnell se encontraba lejos de la corte,

10 Resulta de interpretación inequívoca el desahogo contenido en la crónica fechada el 22 de marzo de 1860, escrita tan sólo dos horas antes de abandonar definitivamente Tetuán, y donde anuncia su proyecto inmediato de luchar, desde las trincheras del frente periodístico de Madrid, contra las conspiraciones palaciegas que patrocinan los cortesanos isabelinos: "hace mes y medio que creo que nuestra misión en África está terminada por ahora; que la continuación de la guerra no tiene objeto; que será una calamidad para mi país; que el espíritu público está extraviado en España; que la prensa de la corte, poderosa palanca que agita a su placer la opinión, empuja a nuestro ejército hacia un abismo" (*DGA*: 577).

11 De cada una de las entregas, distribuidas en el curso de casi un semestre, llegaron a tirarse 50.000 ejemplares (López, 2008: 100). En *Historia de mis libros* (1885), el autor rescata un recuerdo que nos da la medida de la recepción de sus crónicas bélicas: "el día que salí de Tetuán para España, me vi obligado a quemar *más de veinte mil cartas* de personas para mí desconocidas, quienes me habían escrito desde todos los ámbitos de la Nación" [la cursiva es del autor] (Alarcón, 1943a: 14).

12 De la que Alarcón se ha convertido, con pleno derecho, en su cronista oficioso (López, 2008: 104-105).

dé marcha atrás en su proyectada traición contra el Jefe de Gobierno al no considerar prudente seguir adelante con su plan en aquel momento" (López, 2008: 118).

Las crónicas que luego, en su conjunto, confluyeron en *DGA* constituyen acaso el primer relato periodístico de guerra que en la época contemporánea se haya escrito en lengua española, sin que ni la invasión napoleónica, ni las guerras promovidas por los carlistas hayan logrado constituir el revulsivo histórico capaz de generar una labor periodística de parecida envergadura. La guerra de Marruecos no sólo propició una alianza —hasta entonces inédita en la Península Ibérica— entre mundo de la información y poder político, sino que constituye "uno de los primeros ejemplos en España en que una campaña de prensa, muy bien orquestada por supuesto, determina un estado de opinión casi unánime" (Palomo, 2005: X; véase también López, 2008: 116). Las ventajas personales y las consecuencias de elevación social que de este tácito servicio periodístico redundaron en favor de Alarcón, se harían tangibles en el espacio de pocos años. Pero la adhesión entusiasta a la causa militar y política premiaría ya de inmediato al periodista guadijeño con codiciadas ventajas profesionales, pues a ello debió la posición privilegiada desde la cual pudo seguir y contemplar los acontecimientos bélicos en curso.

Con el resultado de que a esos innumerables lectores, de los que Alarcón tanto se envanece y que tanta fortuna le procurarán, está en condiciones de aproximarlos al campo de batalla con una intensidad narrativa parecida a aquella con la que siglos atrás los cronistas de Indias habían ido dando cuenta de los avances imperiales en los territorios inexplorados del continente americano. O con la misma intensidad con la que Juan de Oznayo puso por escrito la victoria de las tropas españolas sobre Francisco I en el curso de la batalla de Pavía; por poner un ejemplo de escritura, al servicio del Imperio, tan del gusto de Alarcón que no dudará este en rememorar (y aun en transcribir) dicha relación cuando al cabo de pocos meses pase por el antiguo campo de batalla en su camino a Milán (1861: 231-236). Con la ventaja, respecto a aquellas relaciones ancladas en el pasado remoto, de que la recepción de las entregas periodísticas es ahora inmediata: en el espacio de pocos días, desde que se han producido las hazañas bélicas que Alarcón relata, una nutrida masa de lectores está en condiciones de 'presenciar' (hoy añadiríamos: 'en directo y en tiempo real') la acción militar a la que el periodista guadijeño asiste en calidad de observador de los hechos y destacado en el terreno. Logra con ello una descripción llena de *pathos*: una des-

cripción bélica escrita desde el interior mismo de los acontecimientos, que lleva a sus espaldas una poderosa y persuasiva carga emocional mediante la cual se canaliza un mensaje sostenido con el auxilio de un preciso andamiaje ideológico.

Cabe reconocer a Alarcón el mérito de haber intentado con éxito, por vez primera en España, la experimentación redaccional de los eficaces (hoy como ayer) *eyewitness dispatches*, género diarístico ligado a la descripción de las convulsiones bélicas y capaces de generar y moldear una opinión compartida por la masa de sus lectores (Reed, 2009: 138). Y es que no es lo mismo hablar de los episodios trágicos y de la muerte en abstracto o echando mano a frías cifras absolutas que terminan por narcotizar al lector (apelando a esa "retórica de la facticidad" que Teun van Dijk ha formulado [1983: 72]), que hacerle ver esparcidos sobre el campo de batalla los cadáveres de los soldados caídos en combate e identificarlos con sus señas personales. Alarcón coronó con éxito ese incipiente género periodístico en España, lo que supuso aproximar de manera virtual al lector de prensa a los frentes bélicos y contemplar desde allí las batallas que estaban teniendo lugar en rincones geográficos distantes de las mayores capitales españolas; logrando catalizar, de paso, una adhesión empática a la causa nacional.

Resulta, de hecho, difícil imaginar hasta dónde hubiera podido llegar su acción informativa si se hubiera coronado con éxito el experimento fotográfico con el que había pretendido documentar el conflicto hispano-marroquí. El lector español no sólo hubiera podido trasladarse al centro de la acción militar mediante el artificioso vehículo verbal, sino que por vez primera hubiera podido ver con sus propios ojos, a través del objetivo de la cámara, el escenario paisajístico, los héroes y también los exóticos contendientes de un combate que el ejército español tenía ganado de antemano.

LA ATRACCIÓN POR EL MAGREB

Como se ha visto, Alarcón encarna de manera plena la figura del periodista profesional al servicio del poder político y del mando militar, a cuya autoridad se pliega para contribuir a la construcción de un "sentimiento nacional" (López, 2008: 147). Lo que no significa que el autor se doblegue fácilmente a dialécticas maniqueas con las que contraponer la nobleza y el arrojo de la milicia española frente a la estrategia artera y la cobardía que

puedan mostrar los rebeldes marroquíes de las cabilas. Alarcón es un profesional de la comunicación lo suficientemente hábil como para ir más allá de la aproximación que pudiera terminar contraponiendo con simplismo a españoles bondadosos y a malvados enemigos marroquíes.[13] Una posición que ha dado pie a que numerosos investigadores de la obra de Alarcón hayan especulado con su presunta maurofilia. Es este un aspecto clave sobre el que conviene que profundicemos, habida cuenta de que en la construcción de la imagen del adversario radica la esencia del periodismo propagandista y partisano.

Es innegable, por otra parte, que los presupuestos de los que parte Alarcón para aproximarse al Otro interfieren profundamente con sus querencias más tempranas: la del niño que tenía la Alcazaba de Guadix como espacio lúdico y que se había familiarizado, de manera natural, con estilos arquitectónicos islámicos. Y, algo más tarde, con modos de vida tradicionales y criptomoriscos que sobrevivían en las poblaciones que se hallaban al pie de la Sierra Nevada de su infancia y que constituía, por tanto, su íntimo paisaje de la memoria que evocará en sus "Prolegómenos" a *La Alpujarra* (Alarcón, 2014: 143-155). Ese paisaje que los antiguos dominadores, tras siglos de permanencia en la comarca granadina, habían terminado esculpiendo a fondo. Los mismos que de la Alpujarra fueron, a su vez, expulsados para acto seguido encontrar gran parte de ellos refugio en la comarca del Rif. De ahí que, desde algunos años antes, Alarcón aspirara —como así confiesa en las primeras páginas de su *DGA*— a cumplir con el viejo propósito de cruzar el Estrecho y poner pie en el norte de África, "para tocar, por decirlo así, en aquel maravilloso continente, la viva realidad de lo pasado" (2005: 4).[14]

Con el paisaje y las poblaciones del territorio norteafricano ha instaurado un sólido lazo emocional. Para el guadijeño, la comunidad magrebí de Tetuán no sólo constituye un pueblo de tradición venerable y antigua, sino que siente el peso de hallarse en lugares en los que poder ir al reencuentro de los descendientes de quienes siglos atrás se vieron forzados a abandonar el Reino

13 De su habilidad para conferir rasgos amables y llenos de humanidad al enemigo, daba prueba ya en el relato *El extranjero* (1854).

14 Fue algo más que un simple deseo: en 1855, había proyectado un viaje a Marruecos en compañía de Aníbal Rinaldi (el intérprete y traductor al que reencontrará en el curso de la campaña norteafricana) y Mustafá Abderramán (Viñes Millet, 2004: 55).

de Granada. Y si bien Alarcón encarna, por un lado, al periodista que sirve a un ejército ocupante, de este cabe escindir al individuo atraído sentimentalmente por una civilización que siente muy próxima. Alguien receloso de la sociedad industrial, hasta el punto de juzgarla en exceso volcada al progreso y al materialismo. Alguien que en la naturaleza sencilla y primitiva de las sociedades orientales encuentra, por tanto, el estímulo para traspasar fronteras culturales, ir al encuentro de su adversario y calibrar cuánto de las antiguas herencias genéticas pervive todavía en él y en su peculiar visión interpretativa del mundo. Como si en el interior de Alarcón convivieran dos personalidades antagónicas, de conciliación imposible y que, una vez se halle ya aposentado en Tetuán, se manifestarán de manera inesperada y desencadenarán una confusa duda identitaria, tal como trasluce en la segunda y última estrofa de la poesía que dedica a Chorby: "Yo no sé ya quién soy, ¡oh Mahometano!... / ¡Yo vi la luz donde morir tú quieres; / yo soñé con tu raza en suelo hispano, / y hoy, que piso a mi vez suelo africano, / pienso que soy... el mismo que tú eres!" (Alarcón, 1943b: 292).

Para Alarcón son, de hecho, los combatientes marroquíes "seres fantásticos" (*DGA*: 57) que, a menudo, le arrancan exclamaciones admirativas ("no he visto jamás figuras tan airosas, tan elegantes, tan gallardas" [*DGA*: 259]) y a los que contempla con "admiración artística" [*DGA*: 259]). Movido por esta visión *artística* de la tramoya oriental es capaz de quedar contemplando durante largos minutos a los enemigos que se apiñan en las alturas de los montes antes de que estos jinetes desciendan, uno tras otro y en fila ordenada, por las laderas escarpadas y "formando una procesión de contornos tan clásicos y severos, que parecían arrancados de un bajorrelieve" (*DGA*: 56). Y es que una vez y otra sobresale, por encima de la retórica propagandista de su prosa belicista y tendenciosa, la visión del esteta que contempla con delectación la exótica estampa pintoresca[15] que se extiende ante sus ojos.

Al léxico religioso y sagrado recurre Alarcón en los pasajes en que describe al enemigo aprestándose para la escaramuza o replegándose, por el contrario, a lugar seguro tras haber presen-

15 Utilizo con toda intencionalidad este adjetivo que no registro en *DGA* (pero sí, con frecuencia, en *De Madrid a Nápoles* [1861]), pese a que tan recurrente es en los relatos de los viajeros del s. XIX que se desplazan a metas geográficas ante cuyas marcas de exotismo y autenticidad se ensimisman de continuo (Buzard, 1993: 187-192).

tado batalla. Así cuando observa ensimismado cómo las cabilas van "subiendo la montaña en larga procesión, sin mover los brazos para andar, caminando según la expresión de nuestro grande artista Vallejo[16] 'con paso bíblico'" (*DGA*: 63), pues transportan al escritor guadijeño a coordenadas temporales de la Antigüedad, a los tiempos de la historia sagrada. Es, en suma, una mirada de esteta que exige a Alarcón lejanía respecto al objeto de observación, con la conciencia plena de que la belleza del adversario es tan ilusoria que, cual espejismo, se desvanecerá en cuanto pueda observarlo muy de cerca: "todos [los enemigos marroquíes] tan elegantes como siempre (por supuesto, cuando se les mira a alguna distancia, que de cerca más bien repugnan que interesan)" (*DGA*: 113). Y es que la visión de esteta impone contemplar el espacio y paisaje orientales[17] sirviéndose de lentes oculares que alejen y posean, por tanto, la propiedad de convertir en telón de fondo escenográfico cuanto de exótico y pintoresco aquella comarca contenga. Pues como escribe López (2008: 142): "Alarcón tiene una visión positiva del africano tan sólo si su objetivo se reduce a ofrecer una visión panorámica".

UNA JERUSALÉN AL PIE DE LOS MONTES DEL RIF

Al examinar críticamente los tics de los occidentales que entran en contacto con sociedades islámicas, ya Edward W. Said puso en guardia de que todo viajero a Oriente recrea 'su' Oriente (2003: 130). La ciudad de Tetuán, como objetivo bélico ambicionado por la milicia hispana, reviste para Alarcón el valor del trofeo cuya toma final hará que España pueda revivir las grandes hazañas de su pasado imperial. Es el periodista mercenario, y no el escritor con visión *artística*, quien en la nota del 6 de febrero de 1860, recién entradas las tropas (y Alarcón con ellas) en la ciudadela rifeña de Tetuán, escribe con abundancia de altisonantes hipérboles: "El día de hoy busca, al través de los tiempos, otros días análogos en edades apartadas. A su vivo esplendor se divisan en la noche de nuestra historia los muros de Nápoles, de

16 En el transcurso de la campaña norteafricana, el ilustrador malagueño José Vallejo (1821-1882) realizó una valiosa producción plástica (Carbonell, 2013: 38-39).

17 Y no sólo a sus habitantes: "Para comprender y sentir su hermosura [la de Tetuán], es menester mirarlo con ojos de artista" (*DGA*: 429).

Orán, de Bruselas, de Pavía, de San Quintín, de Méjico, de Roma, de Breda y de otras mil y mil ciudades tomadas por nuestros ilustres antepasados" (*DGA*: 383). Son desvaríos de huera retórica que apuntan a sublimar la empresa bélica, cuyo propósito propagandístico es el de ir más allá de la narración de la victoria militar y que él aspira a convertir en epopeya.[18]

Es un propósito para el que Alarcón acude con el refuerzo del lustre literario de la *Gerusalemme liberata* (1581) de Torquato Tasso, cuyo volumen le acompaña a todas partes a lo largo de la expedición norteafricana y al que recurre para diseminar endecasílabos del poeta sorrentino en las líneas de las crónicas enviadas a España, equiparando la conquista de Tetuán a la de los Cruzados que anhelaron la ciudad santa. Alarcón no sólo injertó versos (y hasta estrofas) de la obra magna de Tasso en sus prosaicas descripciones escritas, sino que también nos consta que recurría a ellos en el transcurso del avance militar, cuando advertía la necesidad de infundir ánimos en quienes marchaban a su paso. Lo acredita el testimonio de Charles Yriarte, compañero de fatigas periodísticas y con quien el francés compartió tienda (e incluso alojamiento, una vez se hallaron ambos establecidos en Tetuán). Este, años más tarde, rememoró aquellos arranques visionarios del escritor de Guadix: "Pour lui [Alarcón], Tétuan c'est Jérusalem, et ses compatriotes sont les croisés; il vit dans une pieuse fiction dans laquelle il s'ensevelit tout entier, et quand il a découvert la ville sainte du haut du cap Négro, il a répété, comme un croyant, les vers que le Tasse met dans la bouche de ses héros" (Yriarte, 1863: 118-119), tras lo que trasvasa la estrofa entera de la *Gerusalemme liberata* [III.3][19] que le oyó declamar al avistar por vez primera la ciudad blanca de Tetuán; dando pie a una equiparación que movería hoy al sonrojo, pero que le servía para inocular, en la masa de lectores de su época, la convicción de que eran testigos excepcionales de una empresa sagrada con la que estaba cumpliendo la raza ungida por Dios. Y es que el poema de Tasso es una fuente literaria que Alarcón había digerido muy bien (véase la nota de Palomo a *DGA*: 224, n. 118) y que utilizó a su antojo como caja de resonancia, en los momentos clave, para dar empaque de gesta a la anodina campa-

18 La "epopeya de África" (*DGA*: 561) es fórmula que asoma ocasionalmente en las crónicas periodísticas de Alarcón.

19 Para ello le bastó con rememorar una de las páginas del *Diario* (*DGA*: 224).

ña militar. Es también, a menudo, el filtro literario mediante el cual Alarcón retrató la realidad oriental y la comunicó con eficacia a sus lectores peninsulares.

Hasta la fecha del 6 de febrero de 1860, mientras avanzaba aún por las playas adyacentes al Río Martín, hizo Alarcón todo cuanto estuvo en sus manos para evitar contemplar, frente a frente, la ciudad anhelada de Tetuán. La cual era objeto de conquista erótica, además de militar, si hemos de dar crédito a las imágenes a las que ha recurrido reiteradamente: "la codiciada odalisca, que tanto hemos adorado desde lejos" (*DGA*: 411) o "la bellísima sultana" (*DGA*: 224).[20] Y actuó por tanto con la conciencia de que, para espolear el deseo de lo que tanto anhelaba poseer, iba a tener antes que refrenar su mirada. Y tan sólo al cabo de largo tiempo, cuando la compañía tomó posesión del fuerte militar y allí se vio al fin seguro, se entregó a la contemplación sin freno de la comarca de Tetuán (*DGA*: 250). Y desde allí cedió, sólo entonces, a la tentación de examinar la ciudadela con complacencia, intuyendo que tardaría aún semanas en poder recorrer a pie sus callejuelas y dejando que se inflamara su deseo de conquista. Entonces el autor del *DGA* crea 'su' Oriente, transmutando para ello la imagen plástica de la ciudad que seduce, a su capricho, con la poderosa descarga de *eros* que de ella emana. Algo que es sin duda el resultado de lecturas mal digeridas y de fantasías que se desencadenan a partir de fuentes literarias de dudoso gusto (Said, 2003: 177).

LA DESHUMANIZACIÓN DEL ENEMIGO

Como ocurre, por lo general, en todo relato que tenga por trasfondo una guerra,[21] el enemigo aparece en *DGA* como un ente colectivo y desprovisto de personalidad. Se le despoja de toda individualidad distintiva y se le disuelve en la masa. Se le

---

20 Y ya no digamos Yriarte: "La ligne générale est si gracieuse qu'on ne peut s'empêcher de comparer Tétuan à une houri couchée sur un lit de verdure" (1863: 92). Remitimos al pasaje en que Buzard (1993: 136-139) resalta asimismo el tópico de la sensualidad erótica al que sistemáticamente los escritores angloamericanos echaban mano en sus descripciones de la ciudad de Venecia, por lo que ella misma tenía de icono oriental varado en el corazón del continente europeo.

21 Así lo hemos registrado también en las crónicas de Enrique Díaz Retg escritas desde el frente italiano en el transcurso del primer conflicto mundial (Canals Piñas, 2017: 68-71).

somete a un proceso de deshumanización, recurriendo para ello al consabido repertorio de imágenes y locuciones comparativas que apuntan a la degradación del ser humano y a su equiparación con el animal bruto.

A diferencia de los españoles, que viven dignamente en bien organizados campamentos castrenses, la "jauría de marroquíes" (*DGA*: 319) ocupa "madrigueras" (*DGA*: 57). Y Alarcón se complace en contemplarlos mientras descienden por las laderas de la altura en que se halla Torre Geleli antes de extenderse por el llano que se extiende entre Tetuán y el mar, como si los guerreros de las cabilas fueran "verdaderos rebaños de infantería mora o, por mejor decir, manadas" (*DGA*: 243; véase también 314). Son guerreros que, al entrar en combate, lo hacen "apiñados como manadas de ovejas" (*DGA*: 59), como "bandada de gaviotas" (*DGA*: 91). Y que, acto seguido, ante la defensa que les opone la artillería hispana, huyen en desbandada "por los cerros con la ligereza de la liebre perseguida" (*DGA*: 60), convertidos en un "enjambre de acobardados monstruos" (*DGA*: 329), cuya retirada a posiciones más seguras describe Alarcón del siguiente modo:

> Saltan, pues, de entre los cañaverales, de los pliegues de la sierra, de detrás de los parapetos, de todas las posiciones en que estaban ocultos y trepan a la montaña como tímidas liebres; corren atribulados por todas partes, se agarran a las matas para subir, se derrumban de lo alto de las peñas; se deslizan, como sierpes, con el vientre por el suelo o andan con pies y manos entre las jaras, como bestias feroces, como parduzcas hienas (*DGA*: 327).

Son, en definitiva, pinceladas fugaces, descripciones hechas a vuela pluma en las que priman imágenes con las que se difumina su personalidad y que, por el contrario, reducen a los rifeños a puro instinto animal.

A lo largo del relato bélico, una y otra vez echa mano de calificativos con los que se equipara al adversario a la gregaria bestia salvaje que se desplaza como turbamulta. Aunque cabe precisar que no siempre la imagen deshumanizada del enemigo se construye a costa de símiles y metáforas que lo connotan por su gregarismo y que lo transmutan en animales que buscan la disolución de la individualidad en la *jauría*, en el *rebaño*, en la *bandada*, en la *manada* o en el *enjambre*. Los cuales son sustantivos colectivos que denotan fusión grupal de animales indiferenciados de la misma especie y que resultan recurrentes en estas descripciones de Alarcón.

En su conjunto, los guerreros marroquíes que huyen campo a través como "espantados corzos" (*DGA*: 316), no van más allá de ser degradados a "bestias feroces" (*DGA*: 141) o a "jabalíes acosados" (*DGA*: 141). Por más que hay ocasiones en que el autor considera al enemigo en su singularidad como individuo y no como parte indiferenciada de un grupo. Así cuando, al aproximarse a un cadáver que yace en tierra, observa que es "chato como un tigre" (*DGA*: 104)[22] y lo emparenta al animal solitario. O cuando, al contraponer metafóricamente ejércitos antagónicos, echa mano a una jerarquía por todos aceptada para la especie felina, según la cual el león es siempre el rey dominador: "lejos se encuentra el tigre de Libia de poder compararse con el león castellano" (*DGA*: 310).

En el adversario se elogia el ocasional arrojo y fiereza en la lucha singular. La cual es una cualidad que el guadijeño admite en el guerrillero de las cabilas, sin que ello comporte contradecir la convicción de su bajeza étnica, de su condición de *Untermensch*. Bien al contrario, al enfatizar el coraje y fiereza de los enemigos marroquíes, Alarcón no hace más que ensalzar los méritos guerreros de los soldados hispanos y de la milicia ocupante. Hay en ello toda una argucia redaccional, pues el ejército español es institución que debe salir airosa de su enfrentamiento armado contra un enemigo temible; y no, en cambio, contra quien carece de medios bélicos modernos[23] o contra quien está desprovisto de la mínima aptitud racional para la estrategia militar. Para Alarcón no cabe alternativa: hay que ensalzar el instinto belicoso del enemigo, para que sean aún más patentes e indiscutibles los méritos militares de los 'nuestros'. Y ello desde el primer momento en que, tras haber desembarcado en África, el escritor y reportero se convierte en testigo de los combates cuyo desarrollo y resultado comunicará, acto seguido, a la masa de lectores peninsulares que devorará las crónicas enviadas desde la primera línea del frente. Cuando el 15 de diciembre de 1859, estando aún en el campo de Ceuta, le es dado a Alarcón observar una escaramuza sin mayor trascendencia que el

22 En *DGA* la asimilación a los felinos funciona como astucia retórica con la que se realza, por analogía, la agilidad del ejército hispano en combate: "[los voluntarios catalanes] se encaramaban como gatos por la muralla de tierra" (*DGA*: 356).

23 De ahí que en *DGA* se deslicen sospechas sobre el apoyo logístico, aunque solapado, que los británicos pudieron haber estado brindando a los marroquíes. Véase el testimonio que Abraham, su primer anfitrión en Tetuán, da a Alarcón: "Inglaterra se cuidaba tanto de los asuntos marroquíes como de los suyos propios: daba instrucción a los artilleros musulmanes, proporcionaba cañones a las principales plazas del imperio, surtía de pólvora lo mismo a las kabilas que a las tropas de rey" (*DGA*: 439).

enemigo inicia y que se resolverá en poco espacio de tiempo, ensalza al adversario para que despunte el valor de las tropas españolas que luchan cotidianamente en África: "[los soldados] han hecho huir espantados a los audaces marroquíes, que con tanto aparato y en tal número se habían presentado a saludar a las nuevas huestes españolas" (*DGA*: 55). No caer en la cuenta de tal estrategia, y tan reiterada, sin duda ha contribuido a que se haya perpetuado el cliché de la presunta maurofilia del escritor de Guadix. Un tópico que, pese a las razonadas argumentaciones de López (2008: 102-103 y 136-150), sigue pesando entre quienes se aproximan a *DGA*.

Para contrarrestar el vigor perdurable de ese lugar común bastaría, de hecho, tomar el conjunto de crónicas contenidas en *DGA* y enfrascarse en su lectura, de manera directa y sin intermediaciones, sin dejarse desorientar por ocasionales pasajes condescendientes que se vinculan a la mirada *artística* y esteticista tan del gusto de Alarcón al aproximarse (se diría que con ojos de antropólogo no del todo inocente) a las sociedades primitivas. Un texto ante al que no caben dudas interpretativas. El reportero no admite vacilación ni duda al liquidar a los combatientes marroquíes como pertenecientes a una "raza fanática" (*DGA*: 81) que jamás desdeña el combate, aun a sabiendas de que no podrá vencer al ejército ocupante bien organizado. Algo que no los denota como esforzados guerreros, sino como un signo probatorio más de la inferioridad de aquella raza: "combate por placer o con devoción, no con mira política, no por afecto patriótico, no con plan de campaña, sino porque lo cree su necesidad, su obligación o su destino" (*DGA*: 81). Porque lo cree, en suma, su instinto animal.

En la primera parte de su descripción de la campaña de África —y precediendo, por tanto, a la entrada en Tetuán de las tropas victoriosas—, a Alarcón le resulta arduo poder acercarse al Otro o, cuanto menos, poder entrevistarse libremente con los prisioneros que están en manos del ejército español. Y ello, sobre todo, porque estos son escasos, al preferir los combatientes de las cabilas antes la muerte que no la entrega a la milicia ocupante: "todos prefirieron morir a rendir las armas" (*DGA*: 100), sentencia Alarcón tras una de las muchas escaramuzas cotidianas.

La entrevista de los periodistas (sobre todo de los enviados por parte de cabeceras extranjeras)[24] con los enemigos apresa-

24 Ni a Hardman (1860: 71 y 84), como tampoco a Yriarte (1863: 47-51), parece que se les hubieran impuesto condiciones insuperables para poder aproximarse a ellos

dos en el frente enemigo suele ser una de las armas propagandistas a las que con mayor frecuencia se recurre. Es la argucia que se pone en juego para mostrar la humanidad del poderoso, que tan condescendiente se muestra con aquellos enemigos. Es, a menudo, también la argucia con la que poner al descubierto la bajeza del adversario que, en la celda donde convive con otros prisioneros, libra con ellos una batalla cruel por la supervivencia y muestra sus peores instintos de animal domesticado (Canals Piñas, 2017: 68-70). Desde su llegada al norte de África, el reportero está al corriente de que unos pocos prisioneros están en manos de los españoles y que estos se hallan a buen recaudo en las mazmorras de Ceuta; por más que se trata entonces de noticias no confirmadas. De modo que en las primeras semanas, y hasta que no logre ganarse la confianza de sus superiores, Alarcón sólo podrá observar de cerca al enemigo cuando este sea tan sólo un cadáver sobre el campo de batalla. Y en esta insólita cercanía siente un disgusto intenso: "los encontré demasiado viles y miserables para ocupar una página de nuestra historia, es que me dio pena y me causó tedio la consideración de que unos seres tan degradados costasen a mi patria tanto luto, tantos sacrificios, tantas vidas generosas" (*DGA*: 102-103). Lo que no obsta para que acto seguido, en un viraje insólito ("no sé por qué evolución de mis ideas" [*DGA*: 103], como admite con estupor), tenga un arranque compasivo y termine sintiendo lástima por aquellos mismos cadáveres e incluso admirándolos.

Creemos que ello representa una actitud deliberadamente ambivalente y que, una vez más, se plantea el objetivo de ensalzar las virtudes del combatiente hispano frente a la raza inferior. Son, de hecho, los soldados del ejército español los únicos capaces de mostrar compasión y condescendencia respecto al enemigo, quien así se beneficia de las virtudes que aquellos poseen de manera innata y por legado de raza. Son los soldados españoles quienes, por el hecho de ser seres humanos, entierran a los adversarios caídos en combate (*DGA*: 45) y quienes asimismo auxiliarán a los marroquíes más débiles y desprotegidos en cuanto los

---

con relativa libertad de movimientos. Y contando con el auxilio de M. de Chevarrier, corresponsal de *Le Constitutionnel* y conocedor de la lengua árabe de resultas de su larga permanencia en territorio argelino, Alarcón (*DGA*: 154-162) consiguió, a su vez, entrevistas con estos mismos encarcelados de Ceuta. Desde entonces, fueron algunas más las ocasiones en que entró en contacto directo con prisioneros y desertores marroquíes (*DGA*: 204-208, 291, 302-304, 332 y 338).

españoles tomen el control de la ciudadela de Tetuán. El adversario, en cambio, es una bestia salvaje y despiadada que ni siquiera pestañea al decapitar a los contrincantes que mueren en la lucha armada (*DGA*: 562).

De algún modo en la escritura de Alarcón sale a la superficie uno de los innumerables tics que Said advierte en el orientalista de formación occidental y para quien el Otro es un subterfugio con el que se pretende definir por contraste antagónico a la propia civilización: "The Orient has helped to define Europe (or the West) as its contrasting image, idea, personality, experience" (2003: 1-2). De ahí que el rifeño acabe convirtiéndose, en las crónicas de Alarcón y en otros textos coetáneos, en el reflejo negativo que se dibuja en la superficie del espejo en el que se contempla el observador occidental. El musulmán se materializa con toda su crueldad, para que así el occidental pueda mostrar al mundo la humanidad generosa de la que este es capaz.

EL RECHAZO DE LA SOCIEDAD CONTEMPORÁNEA

Hay puntos de inflexión en *DGA*. Algo nada sorprendente si se tiene en cuenta que estamos ante una obra por entregas que es el resultado de una anotación cotidiana acumulativa, y no de un texto que sea fruto de una proyectación precisa y elaborada de antemano. No es una tela tensada en el bastidor sobre la que el autor haya logrado adivinar, emergiendo por entre los hilos de la trama, cuáles van a ser los temas que se abordarán y sobre cuya superficie se va a proceder al proceso planificado de escritura. Por lo que se refiere, pues, a la relación de interdependencia con el Otro, cabe diferenciar de manera neta entre los episodios en los que se describe la empresa bélica, la cual se configura como eje central de la primera parte del relato periodístico, de las anotaciones que se escriben tras la ocupación de la ciudad de Tetuán.

Es, de hecho, a partir de la jornada del 6 de febrero de 1860 cuando la mirada *artística* de Alarcón (que hasta este momento se ha manifestado con ocasionales fogonazos) acaba imponiéndose por encima de la mirada del cronista mercenario que en el ritmo de los endecasílabos de Tasso ha encontrado su savia literaria estimulante. Algo que en sus crónicas le ha llevado incluso a sublimar victorias militares desprovistas de trascendencia estratégica. Es tras su establecimiento en la capital rifeña cuando decae la obligada tarea de tener que documentar la guerra desde el bando del ocupante y se abre paso, en cambio, una segunda

obra que tantos rasgos formales comparte con el género de las de "andar y ver" (*DGA*: 556), por decirlo al modo oriental.[25] Surge así la necesidad de centrarse en sus "estudios artísticos y observaciones morales" (*DGA*: 431) lo que le lleva a buscar acomodo en un domicilio privado, que compartirá con Charles Yriarte,[26] y a abandonar el campamento militar. Y es esta nueva plataforma de observación la que le permitirá, por fin, observar de cerca y entrar en contacto con el enigmático marroquí que, hasta ahora, y si se exceptúan sus esporádicos contactos con prisioneros norteafricanos y con renegados españoles,[27] ha cumplido tan sólo la función de ser individuo en un paisaje, figura en el consabido *tableau vivant* oriental (Said, 2003: 158). Peón, por añadidura, en un tablero convertido en campo de batalla en el que la realidad cuenta tan sólo como espectáculo y panorama (Litvak, 1987: 211; Buzard, 1993: 189). Hasta aquel momento, la curiosidad

25 Es con esta fórmula perifrástica que Alarcón alude a los libros de viajes en los que su interlocutor Chorby —poeta con el que estrechará lazos de amistad y al que dedicará una de sus poesías *serias* (Alarcón, 1943b: 292)— confiesa haber fundamentado su formación erudita.

26 A ellos no se unió Mariano Fortuny Marsal (1838-1874), pese a que los tres mantuvieron una relación muy estrecha desde el 12 de febrero de 1860, fecha del desembarco del pintor catalán en la playa de Martil (Carbonell, 2013: 42). Algunos años después de la muerte de Fortuny, así rememoró Charles Yriarte su paso por Tetuán en un modesto opúsculo en el que le rindió homenaje: "Nous offrimes l'hospitalité a Fortuny, mais il lui fallait les bouges du *Barrio* des juifs, les cavernes étranges et noirâtres où se réunissaient les vaincus, l'impresion de la rue, le spectacle de la vie orientale, l'épisode caractéristique. Pendant tout son séjour dans la ville, il vécut en plein air, occupé à rassembler les documents qui devaient lui servir l'année suivante à peindre ses premiers tableaux importants; il se borna à reproduire le beau *patio* blanc aux murs ornés d'azulejos de notre demeure" (Yriarte, 1886: 8). Antes de mudarse a la casa de Ashah (que Yriarte describirá años después con un cierto detalle [1863: 226-229]), Alarcón había encontrado alojamiento en una de las "mejores [casas] de la Judería" (*DGA*: 432). Ello no sólo le permitió familiarizarse con el ambiente doméstico de Abraham y su esposa, sino que su anfitrión se convirtió en fuente de información privilegiada para reconstruir la reciente batalla de Tetuán a través de la mirada de uno de los residentes de mayor lustre en la ciudad rifeña (*DGA*: 438-456). Introduce así un perspectivismo narrativo que prefigura el ardid que Benito Pérez Galdós adoptará en *Aita Tettauen* (1905) al narrar, por su parte, el episodio nacional de la guerra norteafricana considerada, alternativamente, desde ambos frentes y desde antagónicos puntos de vista.

27 Es a lomos de las palabras de Santiago cuando Alarcón entrará por vez primera —y de modo virtual— en Tetuán (*DGA*: 257-258), ciudad que es capaz de describirle con todo pormenor por haber vivido en ella durante siete años. Señalamos que Yriarte recordará al renegado español con el nombre de Ramón: "Alarcón avait noué des relations avec une espèce de renégat nommé Ramón, qui vivait depuis longtemps à Tétuan, s'étais acquis la confiance des Maures, et allait et venait de Gibraltar à Tanger, de Tanger à Tétuan et dans les ports de l'empire sans être jamais inquiété par qui que ce fût" (1863: 225).

artística de Alarcón había logrado saciarse tan sólo al penetrar en las cabañas de los campesinos de las colinas próximas a Tetuán, por cuyas aldeas abandonadas con precipitación por sus habitantes, ante el avance inexorable de la milicia española, ha pasado el cronista. Y en el interior de estas cabañas ha logrado Alarcón ejercitar una de sus mejores aptitudes: la de hacer hablar a las cosas. Se aproxima, entonces, a los objetos de manera sigilosa. Penetra en las casas humildes de los aduares enclavados en las colinas junto a Cabo Negro, figuradamente se desembaraza del uniforme militar que viste y, por pocos instantes, activa una intensa actitud empática con aquellos pastores de aldea, sumergiéndose así en el examen detectivesco de aquel ambiente doméstico (*DGA*: 235-236).

Se siente, por un lado, próximo al paisaje de Guadix que es eje gravitacional de su memoria de infancia y de su sentir identitario. Pero, por otro, acaba imponiéndose entonces la convicción de estar adentrándose en una dimensión en la que le fallan todas las referencias interculturales que ha ido acumulando hasta aquel momento de su vida: "consiste [este estado morboso que te complace y mortifica, que te halaga y tormenta] en que éste es otro mundo; en que ésta no es la que pudiera llamarse tu 'patria zoológica', tu región, tu 'medio'; en que este aire, esta tierra, este sol, no fueron hechos para los hijos de Europa; en que te sientes aquí exótico, *déplacé*, extranjero en el sentido de la naturaleza" (*DGA*: 236).

Para Alarcón estar en Marruecos equivale al cumplimiento de un viaje en el tiempo. Adentrarse en el territorio rifeño y caminar por el casco urbano de Tetuán supone, en definitiva, la ilusión de poder infundir vida a un paisaje andaluz de siglos pasados. Ahora, por fin, se halla en una geografía con la que fantaseó desde niño, avanzando por lugares que le resultan familiares por haber tanto leído sobre ellos en las obras de antiguos viajeros (*DGA*: 196). Tetuán se transmuta en la ciudad varada en la memoria, en la ciudad de los recuerdos de la infancia (*DGA*: 397 y 520). Supone, asimismo, la posibilidad de poder regresar a una sociedad no tocada por el materialismo que, a mediados del siglo XIX, permea los centros industriales del continente europeo. En el relato de Alarcón, Teután se convierte en un icono antagónico de la metrópolis europea: encarna la "civilización mahometana, estacionaria, quieta, indiferente, refractaria a todo progreso, sumida en el sueño letal de un indolente sensualismo" (*DGA*: 258). Y, al respecto, llega a admitir que se ha enrolado para poder de ese modo ir hasta Marruecos en busca de lo que no se halla ya

en Europa: "El mérito de Tetuán consiste en no parecerse a ninguna de ellas" (*DGA*: 412), menoscabando el confort y modernidad urbanística que se cuentan entre los pocos méritos que puedan contraponerle las ciudades de "París y Londres, Marsella y Burdeos, Cádiz y Sevilla, Málaga, Bilbao y Barcelona" (*Ibídem*).

Flota sobre el texto de Alarcón la convicción arraigada de que la regeneración de Europa necesita del primitivismo de Oriente. La convicción de que es en aquellos territorios, o más bien en la lucha contra quienes viven en aquellos territorios, donde se hallará la curación del morbo que amenaza a los países y metrópolis occidentales de la era industrial. Hay en el texto del reportero de Guadix una visión que va más allá del esteticismo puro del viajero europeo en contacto con Oriente. Una visión que da la clave interpretativa de *Sous la tente. Souvenirs du Maroc* (1863); en cuyas páginas Charles Yriarte, el inseparable compañero de Alarcón, a su vez admite cuanto le ha incitado a viajar hasta Marruecos para saciar su curiosidad *artística* y observar allí de cerca al hombre salvaje no tocado por la modernidad:

> J'aurais donné et donnerais encore aujourd'hui quelques années de cette vie qui va s'écouler à coudoyer une civilisation trop avancée, pour aller à ces hommes un signe de ralliement à la main, pour vivre au milieu d'eux comme un hôte respecté, épier leurs instincts, étudier leurs habitudes, manier leurs armes, voir courir leurs chevaux, m'asseoir à l'entrée de leur tente quand vient la nuit et les voir au lever du soleil tendre les mains vers l'orient en louant le nom d'Allah (1863: 13-14).

Para Alarcón aproximarse a Marruecos equivale, sobre todo, a poder entrar en contacto directo con una sociedad autárquica e impermeable a todo influjo que pueda proceder del Occidente materialista que, parafraseando a Yriarte, representa una civilización que ha avanzado en exceso y corre ahora el riesgo de perder su rumbo.

En *DGA* hay, con todo, una tensión ideológica paradigmática: si, por un lado, el autor se adhiere retóricamente al valor de la empresa militar que tanto tiene de acción colonialista e imperial, por otro el texto de Alarcón refleja la decepción y hastío ante esa sociedad industrial que está suplantando a pasos agigantados a la del nostálgico pasado próximo que sus mayores —y, en una pequeña parte, él mismo— llegaron a conocer. Para el guadijeño el conocimiento directo de la sociedad marroquí supondrá el reencuentro con valores humanos primarios, como Lily Litvak puso ya de relieve al aproximarse a la literatura militar del siglo

XIX y, más en concreto, al *DGA* de Alarcón: "Esta literatura nos alerta a un proceso típico dentro de la crónica colonialista. Se encuentran allí sin duda los mitos de la 'energía del imperio', pero la afirmación de estos, sin embargo, incluye un cierto rechazo consciente de las estructuras y formas europeas" (1987: 207). Los valores que Alarcón advierte en la lucha con el adversario marroquí (el coraje y arrojo, incluso la heroicidad [*DGA*: 352]) se vinculan a la sociedad tradicional y son valores nobles que "nuestra decrépita civilización" (*DGA*: 262) pone en peligro. Es toda una toma de posición que se replicará, apenas unos meses más tarde, cuando Alarcón e Yriarte penetren en el enclave alpino de Chamonix (Canals Piñas, 2016).

El reportero pasa por la geografía del norte de África como si se estuviera adentrando en un territorio en el que todo evoca latitudes emocionalmente cercanas, que le resultan familiares por ligarse de algún modo a la memoria de los antepasados. Equivale a reintegrarse, por fin, a una cultura y a unos modos de vida de los que se siente en el fondo plenamente partícipe. Equivale a la posibilidad de fundirse con un espacio que tanto tiene de edénico, cuanto menos contemplado desde la distancia y con una visión *artística*. Una actitud que no es privativa de Alarcón, ni mucho menos, sino que Said rastrea en la obra de otros muchos viajeros europeos que han pasado por Oriente (2003: 58). Es aquel, para Alarcón, un lugar que íntimamente le pertenece y siente también suyo, por más que cada tanto le asalten asimismo los sentimientos contrapuestos de enajenación y extrañeza propios del viajero que se desplaza por aquel paisaje tan áspero y duro al que, al mismo tiempo, tan ajeno y extranjero se siente.

Si bien establece una relación empática con aquella sociedad primitiva, que de modo antagónico se contrapone a la europea, no por ello Alarcón logra desembarazarse de sus contradicciones. Teme los efectos que el materialismo inherente a la sociedad industrial conlleva, pero reiteradamente en el transcurso de la campaña militar le enorgullece que sea precisamente España quien se esté haciendo portadora del progreso en uno de los territorios más atrasados de Marruecos. Expone este pensamiento de manera directa, mientras viaja a bordo de la embarcación de vapor que remonta el curso del río Martín (la primera, así propulsada, que se haya visto nunca antes en aquellos parajes) y, contemplando el llano asolado que se desliza a ambas orillas, escribe con satisfacción: "me envanezco de que sea España la primera que despliegue en estas comarcas el lujo de la civilización de Europa" (*DGA*: 299). Y, muchas páginas más tarde,

admite el orgullo que deriva de ser una pieza del proceso de colonización que lleva el progreso a esa "nación desorganizada, sobria, que carece de industria y de grandes intereses colectivos" (*DGA*: 377). De ahí que aplauda, sin ningún tipo de contención, toda innovación tecnológica que el ejército español aporta al territorio y toda innovación armamentística a la que recurre en sus acciones bélicas (*DGA*: 300). En algunas ocasiones se presenta como un hombre dominado por la fiebre del progreso, a quien maravilla el poder ofensivo y destructor de armas nunca antes experimentadas y que permiten doblegar (con maña muy poco caballeresca, cabría admitir) la superioridad numérica del enemigo (cf. Reed, 2009: 135-136). Es bienvenido el más nimio aporte que, en régimen de dependencia tecnológica, pueda ligar el miserable territorio marroquí a la aborrecida sociedad industrial. Admira tanto el prodigioso tendido telegráfico que los ingenieros en telecomunicaciones despliegan, como la construcción de una modesta línea ferroviaria —de tan sólo dos kilómetros de longitud— que facilitará el transporte de armamento pesado y permitirá superar el llano pantanoso que hubiera obstaculizado el avance rápido hacia Tetuán. Cualquier innovación hace que Alarcón se sienta partícipe de una empresa que, con la finalidad de salvaguardar la imagen de la potencia occidental que la patrocina, se esfuerza por presentar como el esfuerzo desinteresado que España lleva a cabo para redimir socialmente a aquellas poblaciones primitivas que padecen la tiranía de sus propios gobernantes (*DGA*: 374). Algo que, como Said anota (2003: 179), subyace a toda acción ofensiva de cuño colonial. Venga de donde venga su patrocinio.

CONCLUSIONES

Aunque Alarcón admite haber partido hacia África en busca de lo que en Europa no halla (*DGA*: 412), no muestra en cambio ningún reparo en construir un relato enaltecedor de la potencia ofensiva, colonizadora y ocupante. Se muestra condescendiente con el enemigo, pues tal noble sentimiento es el que conviene al representante de una raza superior. Con plena conciencia, además, de que todo mérito guerrero que pueda resaltar en los enemigos contra los que combate redundará finalmente en beneficio del ejército que los combate, pues vencer a un enemigo poderoso (y no al adversario débil) redunda en favor de la milicia victoriosa. El *Diario de un testigo de la guerra de África* es, de hecho,

un texto propagandístico al servicio de una causa que tiene una funcionalidad interna precisa para afianzar al General Leopoldo O'Donnell, jefe del gobierno de España y sumo exponente del mando militar. Sirve, al mismo tiempo, para construir, de cara al exterior, la imagen de un Estado que anhela ser potencia colonial en el territorio norteafricano; sobre el que juzga que hay razones históricas de peso que legitiman la ocupación militar.

El texto de Alarcón es, por lo demás, un ejemplo paradigmático de cómo Oriente no se configura como una geografía cultural relevante en sí misma, sino como objeto de explotación por parte de la civilización occidental. Alarcón asume todo este ideario programático sin sentirse por ello culpable, sin oponer la más mínima actitud de resistencia crítica que permita entrever más que episódicos y fugaces resquicios de comprensión hacia el Otro. Redacta un texto que no persigue otra finalidad que la de agregarse al servicio de una causa militar que prefigura notables réditos políticos.

A lo largo de la campaña rifeña, ninguna labor periodística por parte de los enviados de otras cabeceras nacionales pudo paragonarse a la suya, logrando así el objetivo ambicioso de poder dar forma a la opinión pública de la masa de lectores peninsulares que seguía fielmente las entregas impresas en los talleres tipográficos de los editores Gaspar y Roig. De ahí que el conjunto de estas crónicas merezca la atención investigadora y sin distorsiones de la que tal vez no ha gozado suficientemente hasta la fecha por parte de los historiadores del periodismo español del siglo XIX.

OBRAS CITADAS

ALARCÓN, Pedro Antonio de. *De Madrid a Nápoles*. Madrid: Impr. y Libr. de Gaspar y Roig, 1861.

—. "Historia de mis libros." (1885). Luis Martínez Kleiser, ed. *Obras completas de D. Pedro A. de Alarcón*. Madrid: Ediciones Fax, 1943a: 3-28.

—. "Poesías serias y humorísticas." (1870). Luis Martínez Kleiser, ed. *Obras completas*. Madrid: Fax, 1943b: 275-331.

—. *Diario de un testigo de la Guerra de África* [*DGA*] (1860). María del Pilar Palomo, ed. Sevilla: Fundación José Manuel Lara, 2005.

—. *La Alpujarra* (1874). Eladia Raya, ed. Granada: Editorial Universidad de Granada, 2014.

BUZARD, James. *The Beaten Track. European Tourism, Literature, and the Ways to Culture, 1800-1918*. Oxford: Clarendon Press, 1993.

CANALS PIÑAS, Jorge. "Paisaje y sociedad de alta montaña en *De Madrid a Nápoles* (1861) de Pedro Antonio de Alarcón." *Revista de Literatura*, Vol. 78, Núm. 155, 2016: 95-118.

—. *Noticias desde el frente bélico italiano. Los reportajes de Enrique Díaz-Retg (1916 y 1917)*. Trento: Dipartimento di Lettere e Filosofia, 2017.

CARBONELL, Jordi À. "De la trinchera al *atelier*." *La batalla de Tetuán de Fortuny*. Barcelona: Museu Nacional d'Art de Catalunya, 2013: 35-109.

CARBONELL, Jordi À., QUÍLEZ, Josep M. y SÁNCHEZ, Josep. *La batalla de Tetuán de Fortuny*. Barcelona: Museu Nacional d'Art de Catalunya, 2013.

CONBOY, Martin. *Journalism. A Critical History*. London: SAGE Publications, 2004.

DECOSTER, Cyrus. *Pedro Antonio de Alarcón. Obras olvidadas*. Madrid: José Porrúa Turanzas, 1984.

HARDMAN, Frederick. *Peninsular Scenes. Scenes and Sketches.* Edinburgh: William Blackwood & Sons, 1846.

—. *History of the Spanish Campaign in Morocco*. London: William Blackwood & Sons, 1860.

HAYES, Kevin J. "Herman Melville's *Omoo* and Frederick Hardman's Review." *Notes and Queries*, Núm. 64, 2017: 107-110.

LIBERATORI, Filomena. *I tempi e le opere di Pedro Antonio de Alarcón*. Napoli: Istituto Universitario Orientale, 1981.
LICATA, Glauco. *Storia e linguaggio dei corrispondenti di guerra. Dall'epoca napoleonica al Vietnam*. Milano: Guido Miano Editore, 1972.
LITVAK, Lily. *El ajedrez de estrellas. Crónicas de viajeros españoles del siglo XIX por países éxoticos (1800-1913)*. Barcelona: Laia, 1987.
LÓPEZ, Ignacio Javier. *Pedro Antonio de Alarcón (prensa, política, novela de tesis)*. Madrid: Ediciones de la Torre, 2008.
MARTÍNEZ KLEISER, Luis. "D. Pedro Antonio de Alarcón. Un viaje por el interior de su alma y a lo largo de su vida." Pedro Antonio de Alarcón. *Obras completas*. Madrid: Ediciones Fax, 1943: V-XXXII.
MCLOUGHLIN, Kate. "War in Print Journalism." Catherine Mary McLoughlin, ed. *The Cambridge Companion to War Writing*. New York: Cambridge University Press, 2009: 47-57.
NIETO NUÑO, Miguel. "Los primeros textos de Pedro Antonio de Alarcón." *Philologia Hispalensis*, Núm. 8, 1993: 163–172.
PALOMO, María del Pilar. "Introducción." Pedro Antonio de Alarcón. *Diario de un testigo de la guerra de África*. Sevilla: Fundación José Manuel Lara, 2005: IX-LXXXV.
PÉREZ GALDÓS, Benito. *Aita Tettauen*. Madrid: Viuda e Hijos de Tello, 1905.
REED, John R. "The Victorians and war." Catherine Mary McLoughlin, ed. *The Cambridge Companion to War Writing*. New York: Cambridge University Press, 2009: 135-147.
RUBIO CREMADES, Enrique. "La realidad de la guerra de la Independencia poetizada por Pedro Antonio de Alarcón." *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo*, Núm. 25, 2019: 171-182.
SAID, Edward W. *Orientalism* (1978). London: Penguin Books, 2003.
VAN DIJK, Teun A. *La ciencia del texto* (1978). Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica, 1983.
VIÑES MILLET, Cristina. "El africanismo de Pedro Antonio de Alarcón." José Antonio González Alcantud y Manuel Lorente Rivas, eds. *Pedro Antonio de Alarcón y la Guerra de África. Del entusiasmo romántico a la compulsión colonial*. Barcelona: Anthropos, 2004: 45-60.
YEVES ANDRÉS, Juan Antonio. "Epistolario íntimo: 'Confesión' de Pedro Antonio de Alarcón al Obispo de

Guadix y Baza, y contestación del prelado." *Boletín del Centro de Estudios Pedro Suárez*, Núm. 26, 2013: 441-454.

YRIARTE, Charles. *Sous la tente. Souvenirs du Maroc. Récits de guerre et de voyage*. Paris: Morizot, 1863.

—. *Fortuny*. Paris: J. Rouam Editeur, 1886.